

## **Entre la obsesión y el olvido: Estados Unidos frente a América Latina y su redescubrimiento por Trump**

Jorge I. Domínguez

“Le dedico el 90 por ciento de mi tiempo a los países al norte de Venezuela, sin incluir a Venezuela”, hacia fines de los setenta, así afirmaba Robert Pastor, durante cuatro años asesor para América Latina en el Consejo Nacional de Seguridad del Presidente Jimmy Carter<sup>1</sup>. En aquellos años, las negociaciones con Panamá acerca del canal y de la zona que lo rodeaba, la revolución sandinista en Nicaragua, las revoluciones en El Salvador y Guatemala, el golpe revolucionario en Granada y otros conatos de violencia en las Antillas anglófonas, la intervención poselectoral de Estados Unidos en República Dominicana en 1978 para garantizar la victoria de la oposición, los altibajos en las relaciones con Cuba, los flujos de migrantes indocumentados provenientes de Haití y Cuba y las negociaciones con México sobre gas natural y petróleo ocupaban todo el tiempo de Pastor.

Medio siglo después, el documento oficial que explica la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos (The White House, 2017), bajo el presidente Donald Trump, se refiere por nombre, a lo largo de su texto, solamente a cinco países en América Latina: Guatemala, Honduras, El Salvador, Venezuela y Cuba. Por implicación, la mención de la defensa de las fronteras involucra a México, aunque sin mencionar su nombre. La criminalidad y el narcotráfico se ejemplifican por el fentanilo, culpando a China; la coca, la cocaína y los países andinos no se indican, aunque se puede inferir que inciden en tal problemática.

Desde Carter hasta Trump, Estados Unidos ha definido sus intereses y sus estrategias hacia América Latina dividiendo a la región en dos partes. En las islas y en el entorno del mediterráneo americano –los países que bordean al mar Caribe, la ruta de la corriente del Golfo, el Golfo de México y la frontera con México– Estados Unidos insiste en garantizar su primacía. En Sudamérica, la acción de este país ha sido más esporádica y coyuntural, respondiendo más a percepciones de supuestas amenazas. En el intervalo de ese medio siglo, las tropas estadounidenses invaden Granada, Panamá y dos veces a Haití; y se obsesiona con las guerras civiles en América Central durante los años

ochenta, contribuyendo a su internacionalización. La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte con México y Canadá, más conocido por sus siglas en inglés como NAFTA, fue el primer acuerdo comercial minilateral en su historia. Hacia fines del siglo XX, promulga la “guerra contra las drogas” que otorga importancia a Colombia y, por ende, a la zona andina. Aplica en el presente siglo medidas coercitivas contra Cuba y Venezuela. Las riberas suramericanas del mar Caribe, por tanto, se añaden al dibujo trazado por Robert Pastor, pero siguen los países del Cono Sur bajo un relativo olvido.

En este artículo, mi argumento parte de la observación que Estados Unidos no “ve” una América Latina, sino que observa dos zonas diferentes. La más cercana, usualmente le obsesiona; la más lejana, le interesa con menos frecuencia e intensidad. Define sus intereses y sus estrategias acorde con esa percepción bifurcada. Las estrategias hacia sus vecinos cercanos han exhibido un alto componente militar, aunque apuntaladas por estrategias políticas y económicas; hacia los más lejanos, poseen mayor relevancia las estrategias políticas y económicas. La única estrategia plenamente continental ha sido el uso, directo o indirecto, de su poder seductor, que en inglés se conoce como *soft power*.

Hay tres etapas de larga duración: la primera, territorial; la segunda, imperial; la tercera, hegemónica, con la duda si en el siglo XXI prevalece el olvido. En el siglo XIX, su interés por el mediterráneo americano enfatizó lo territorial, que requería una estrategia militar. Después de 1898, su nuevo interés imperial, para gobernar indirectamente a países formalmente soberanos, conlleva invasiones militares a países vecinos, todos en o bordeando este mediterráneo. La más reciente invasión militar ocurrió en Haití en 2004. Desde el XIX, pero principalmente desde 1880 hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, sus intereses económicos desplegaron sesgos proteccionistas y mercantilistas. Comenzando, en 1823, con el discurso del presidente James Monroe, le interesa diseñar y proyectar su hegemonía y, a partir de los años treinta, aplicarla, mediante el consentimiento de otros países hemisféricos. Para lograrlo, reorienta sus estrategias políticas y económicas, sumándolas a su poder seductor.

Concluyo observando un posible giro a partir del fin de la Guerra Fría en Europa (1990): un desliz hacia el olvido en todo el hemisferio, iniciado con la presidencia de George W. Bush y continuando bajo la de Barack Obama. Expongo mi duda si, bajo Trump, el repunte de la bifurcación geográfica y el retorno a definir sus intereses como obsesiones en el ámbito del mediterráneo americano, son meramente aberrantes en el actual sistema internacional, o reflejan un nuevo capítulo: abandono simultáneo de las invasiones militares, de la ambición hegemónica y del poder seductor como estrategia gubernamental, para tratar de imponer sus preferencias mediante amenazas verbales, la generación de incertidumbre y los chantajes económicos.

## **De potencia emergente a potencia imperial: intereses cambiantes**

Esa partición estratégica de América Latina parte de su primer secretario de Estado y posterior presidente, Thomas Jefferson, quien le insiste a España que los Estados Unidos no objetaban si mantenía su dominio en sus restantes colonias, pero que no toleraría que transfiriera sus posesiones a otras potencias. Formulaba, de esta manera, una ambición característica de una “potencia emergente”, imponiendo sus preferencias frente a una potencia declinante. A partir de la Primera Guerra Mundial, ese mismo principio de no-transferencia se aplicó a las Antillas británicas, francesas, holandesas y danesas para disuadir a Alemania de su ocupación.

Los intereses de Estados Unidos cambian durante su expansión territorial. Desata, en 1846, la guerra contra México, conquistando algo más de la mitad norteña de lo que era México. Declara la guerra contra España en 1898 y conquista Cuba, Puerto Rico e islas en el océano Pacífico, en particular, el archipiélago de Filipinas. Además, adquiere mediante la guerra, la coerción y la compra la posesión de la Florida (1821), Alaska (1867), Puerto Rico y Hawái (1898) y las Antillas danesas (1917). Entra al siglo XX como una de las principales potencias del mundo, predominante en el hemisferio occidental.

Estados Unidos se transforma en potencia imperial, época que dura desde comienzos del siglo XX hasta comienzos de los treinta y modifican sus intereses. Aparte de la compra de las Antillas danesas, deja para siempre, aumentar su espacio territorial en este continente. Sin embargo, establece su dominio sobre Estados formalmente independientes, que ocupa militarmente en diversos momentos, definiendo las políticas de estos tanto en el ámbito interno como internacional<sup>2</sup>. Se comporta, como una potencia imperial en Cuba, Haití, República Dominicana, Panamá y Nicaragua. Demuestra su poder mediante la toma de Veracruz en 1914 y, en 1917, invade el norte de México en búsqueda de Pancho Villa. Son ejemplos diferentes, pero las prioridades e intereses geográficos coinciden. En todos los casos con un componente militar y una disposición agresiva, el espacio del mediterráneo americano es el principal objetivo, aunque ya sin intenciones anexionistas<sup>3</sup>.

## **De potencia imperial a potencia hegemónica: estrategias innovadoras**

La primera gran definición de estrategia continental de Estados Unidos evitó una división geográfica del continente, abarcó la totalidad del hemisferio occidental, y apuntó, aunque prematuramente, a lo

que será la estrategia hegemónica norteamericana a partir de los años treinta. En 1823, el presidente James Monroe afirma, en su mensaje al Congreso, que Estados Unidos no intervendrá en guerras en Europa o en los asuntos internos de países europeos. Sin embargo, se opone a cualquier nuevo intento de colonización europea en el continente (una versión ampliada del principio de no-transferencia) y a cualquier intervención que implique un diseño de la política interna de cualquier país del hemisferio occidental. En particular, se opone a cualquier intento europeo de extender “su sistema” en continente americano. Klemens von Metternich, canciller de Austria, resumió magistralmente esta dimensión ideológica de la nueva estrategia estadounidense, es decir, oponía no solamente “poder contra poder” sino, además, “altar contra altar” (Perkins, 1963: 56-57, 392). La estrategia monroviiana no implicaba, aunque no prohibía, la expansión territorial de Estados Unidos a costa de sus vecinos, o imposiciones imperiales, e insistía en incorporar una dimensión ideológica para distinguirse de otras potencias.

A medida que Estados Unidos pasa a ser una potencia mundial, aumenta la importancia de sus relaciones con países de América del Sur. De ahí, entre otros ejemplos, la alianza formal entre Brasil y Estados Unidos durante las dos guerras mundiales y, a lo largo del siglo XX, la colaboración con Venezuela que lubrica su petróleo. Consecuencia de la alianza con Brasil es una relación más compleja y, a veces, hostil con Argentina. Surge también un ocasional interés por el mantenimiento de la paz interestatal suramericana, como fue su participación, junto a Argentina, Brasil, y Chile, como países garantes del Protocolo de Río de Janeiro (1942) que intentó ponerle un punto final a la guerra, que estalló en 1941, entre Ecuador y Perú.

En la aplicación de estas más amplias definiciones de intereses y de estrategias, el adversario suele ser extracontinental, es decir, Alemania en la primera mitad y la Unión Soviética durante la segunda mitad del siglo XX. Prevalece la diplomacia en búsqueda de alianzas para resistir al adversario extracontinental. Este enfoque coadyuvó a que mejoren las relaciones entre México y Estados Unidos (ya señalado por Cline, 1963). Desde la década de 1930, se transforma la política imperial en política hegemónica a medida que Estados Unidos deja de ocupar y gobernar a sus vecinos, Wood (1961) lo describe con entusiasmo.

“Hegemonía” implica un poder desigual, con dimensiones militares, políticas, económicas, culturales e ideológicas. El Estado más débil consiente a la preponderancia del más fuerte. Este le garantiza protección y paz y promueve la prosperidad compartida bajo ese arco hegemónico. El Estado hegemónico, además, resalta el valor de sus instituciones, su propia prosperidad, su impacto sobre la cultura popular, lo cual genera admiración, y a veces mimetismo, en los países bajo su arco hegemónico. Se manifiesta en su dimensión militar,

económica y política, por primera vez mediante la alianza continental durante la Segunda Guerra Mundial (Argentina exceptuada, hasta el final).

Se reproduce una similar alianza en el marco de la llamada Guerra Fría durante la confrontación con la Unión Soviética. Sus cartas fundacionales, en lo militar y en lo político-ideológico, datan de fines de los años cuarenta: el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y la Organización de Estados Americanos (OEA), institucionalizan las claves de la Doctrina Monroe pero con un giro multilateral donde ahora todos se oponen a una intervención extracontinental en el hemisferio occidental y, en la Carta de la OEA, se plasma esa oposición de “altar contra altar”, esta vez en defensa de la democracia en este hemisferio. A cambio del apoyo latinoamericano a Estados Unidos en su confrontación con la Unión Soviética, el país del Norte se compromete a no intervenir en los asuntos internos de los países miembros de la OEA. Publicita su desinterés por ambiciones territoriales al devolver la zona conocida como El Chamizal a México en los sesenta y paulatinamente la zona del Canal de Panamá a Panamá entre 1979 y 1999.

La estrategia hegemónica de Estados Unidos en el continente incorporó una dimensión económica. Durante la época imperial, empresas norteamericanas invierten en los países vecinos. Durante la era del Buen Vecino, bajo la presidencia de Franklin Roosevelt, se consolida este nuevo empeño hegemónico y promueve tratados bilaterales de comercio preferencial. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, impulsa la fundación del Fondo Monetario Internacional para estabilizar las finanzas de la economía mundial y la del Banco Mundial para reconstruir las economías europeas y, más tarde, para facilitar el desarrollo de países como los latinoamericanos.

Por último, la estrategia hegemónica incorporó el “poder seductor” de Estados Unidos. Hubo ya una influencia del ejemplo estadounidense en los debates y diseños constitucionales latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX. Pero el primer diagnóstico pleno de este poder seductor lo realizó el uruguayo José Enrique Rodó, mediante la publicación de *Ariel* (1900), ampliamente difundido inmediatamente después de que Estados Unidos derrota, en 1898, a España. Rodó insiste en que el triunfo norteamericano desborda lo meramente militar. Es el triunfo de lo que él categoriza como *nordomanía*, es decir, una atracción excesiva por el pujante aunque vulgar dinamismo estadounidense, que endulza su nuevo poder ya imperial y posteriormente hegemónico. Incorpora la expansión de: escuelas y bibliotecas públicas y gratuitas, la económica y, eventualmente, la televisión y las películas de Hollywood, entre otros ejemplos.

El triunfo militar, el triunfo económico y el triunfo neorrománico, en sus dimensiones culturales e ideológicas, apuntalan la estrategia de construcción hegemónica estadounidense en el hemisferio occidental a partir de su primer apogeo a fin del siglo XIX, afianzado en su segundo apogeo al concluir la Segunda Guerra Mundial y perdurando durante el resto del XX.

## **Estados Unidos ejerce y abandona su hegemonía**

Estados Unidos resultó ser, sin embargo, un enemigo de su propia estrategia hegemónica. No cumplió con su autoimpuesta disciplina de no intervenir en los asuntos internos de los países latinoamericanos durante la Guerra Fría. Constituyen ejemplo de lo enunciado previamente que: a) Invade la República Dominicana en 1965; b) Organiza, auspicia y promueve invasiones de exiliados a Guatemala (1954), Cuba (1961) y Nicaragua (década de 1980); c) Apoya golpes militares, país tras país, en todo el continente, salvo ocasionales excepciones, prefiriendo la consolidación de una dictadura a una victoria –amenaza casi siempre exagerada– del comunismo, obsesión que caracteriza a todos los presidentes de Estados Unidos desde los 1940 hasta los 1980<sup>4</sup>; d) Reacciona con tardanza en los ochenta frente a la crisis económica latinoamericana, la peor desde 1930; e) Deja de apoyar a la OEA; f) Su respaldo a gobiernos dictatoriales entre los años 1940 y los 1980, subvierte el poder seductor de su democracia como instrumento estratégico. Estas dictaduras suelen reconocer el predominio hegemónico de Estados Unidos en un marco de Guerra Fría y economía de mercado, desde la década de 1940 hasta mediados de los setenta, pero, su consentimiento es menos confiable desde entonces.

La evolución de la economía mundial y la de Estados Unidos, reducen dramáticamente la importancia económica latinoamericana para Estados Unidos, ya evidente en los ochenta (Lowenthal, 1987); y reorienta su comercio e inversiones internacionales, primero hacia Europa, más tarde hacia las economías pujantes del Este de Asia. El valor estratégico para Estados Unidos del petróleo y diversos minerales que se encuentran en América Latina también decae. Las fuentes de petróleo y de minerales se multiplican en todo del planeta, si algún gobierno latinoamericano cierra el acceso estadounidense a esos recursos naturales, se obtienen en otras partes. El valor estratégico del Canal de Panamá decae, y los portaviones, y las flotas que los acompañan, son demasiado grandes para cruzar el canal; parten de puerto estadounidense rumbo a su destino asignado sin transitar el Canal, puesto que los buques de transporte comercial exceden la capacidad del Canal.

## Resurgimiento y crisis de una nueva estrategia hegemónica

El colapso de la Unión Soviética y de los regímenes comunistas en Europa central y oriental, que pone fin a la Guerra Fría en Europa, libera a Estados Unidos de su persistente pavor y obsesión de que triunfaría el comunismo en algún país del continente. La Unión Europea y sus países miembros reorientan sus recursos a consolidar la transición política y económica de los países excomunistas, reduciendo su involucración con América Latina. La parálisis de la que había sido una pujante economía en Japón conduce a un resultado similar. La grave crisis económica de los años ochenta había debilitado a toda América Latina. De pronto, Estados Unidos, sólo, resurge como el gran triunfante de la Guerra Fría, sin par mundial en el ámbito militar, contando con la capacidad de invadir Panamá en 1989 o Kuwait en 1991 a su libre albedrío.

Durante la década de 1990, la nueva estrategia de Estados Unidos prioriza la búsqueda de alianzas militares (guerra en Kuwait), cooperación multilateral (fundación de la Organización Mundial del Comercio) y coaliciones continentales o minilaterales en el hemisferio occidental. El ocaso de los regímenes autoritarios permite una coalición entre países latinoamericanos y Estados Unidos que, en 1991, culmina en el Compromiso de Santiago para defender los nuevos regímenes constitucionales democráticos; se reactiva, así, el poder seductor del triunfo mundial de la democracia. Fortalecen la OEA como instrumento de su defensa y aumentan las capacidades del Banco Interamericano de Desarrollo. Las negociaciones iniciadas bajo la presidencia de George H. W. Bush, concluidas bajo la de Bill Clinton, crean NAFTA para promover el libre comercio entre Canadá, México y Estados Unidos hasta inicios del siglo XXI, le sigue un intento de construir un Área de Libre Comercio en las Américas. De esta manera, al poder militar de Estados Unidos se suma su nueva capacidad económica y su nuevo fervor por la economía de libre mercado y por regímenes políticos democráticos, dimensiones ideológicas de su poder seductor que vuelven a endulzar su hegemonía.

Hay, sin embargo, un desencuentro entre esta estrategia hacia América Latina y los intereses generales de Estados Unidos al concluir la Guerra Fría. Latinoamérica carece de importancia militar para el ejercicio mundial del poder estadounidense (Desch, 1993: 146-149). Cuba deja de ser una “amenaza” militar gracias al derrumbe de la Unión Soviética y la repatriación de las fuerzas armadas de Cuba que habían luchado en diversos países. Estados Unidos marcha a la guerra contra Iraq en 2003, sin mucho apoyo latinoamericano, lo que no le importa. Hay dos hitos en 2014. Cuando Rusia despoja a Ucrania de Crimea, se refuerza la alianza de Estados Unidos con Europa, no siendo una prioridad estratégica América Latina. Cuando China sistemáticamente ocupa el

Mar del Sur de China, Japón, Corea del Sur, Australia y los países del sudeste de Asia fortalecen vínculos con Estados Unidos, nuevamente demostrando que América Latina no representa prioridad estratégica. El intento de establecer una zona de libre comercio continental muere en 2005, sin consecuencias económicas adversas para Estados Unidos. Si bien México y Canadá adquieren una nueva importancia estratégica en el ámbito económico en este siglo, lo carece el resto del continente. Estados Unidos se recupera de la grave crisis económica de 2008-2009, mientras que la bonanza económica suramericana llega a su fin, producto de esa misma crisis, a la que le sigue una débil recuperación en la región. La creciente hostilidad de la Administración Bush frente a Venezuela y Cuba, y sus desencuentros con Argentina y Bolivia, entre otros factores, debilitan el consenso democrático continental.

Crece un olvido frente a América Latina, en lo que las administraciones de Bush y Obama se parecen. La política de ambos hacia Latinoamérica recuerda la observación inicial de Robert Pastor. México y Cuba importan (y, con menor peso, Venezuela); Centroamérica interesa por sus flujos migratorios y Colombia por el narcotráfico. Pero la importancia relativa de Centroamérica era ya muy inferior a lo fue en los ochenta y la de Colombia menos de lo que había sido a comienzos del siglo XXI. Mayormente Sudamérica, y esta vez el resto de las Antillas, requieren, al parecer, poca atención. Estados Unidos invade Haití en 2004, pero, rápidamente deja su ocupación militar a Brasil bajo los auspicios de Naciones Unidas. Además, en 2006, deja en manos de Brasil y España lidiar con Bolivia frente a la posible expropiación de empresas internacionales productoras de gas. Son el Grupo de Río y Unasur (Unión de Naciones Suramericanas), sin la participación de Estados Unidos, quienes mitigan los conflictos entre Colombia, Ecuador, y Venezuela en 2008 y la grave amenaza secesionista en Bolivia. La capacidad de concertación continental por parte de Estados Unidos deja de ser una realidad contemporánea.

### **Trump redescubre América Latina: la obsesión se impone**

Donald Trump redescubre América Latina durante su exitosa campaña presidencial en 2016, que se ancló en su manifiesta y despectiva hostilidad frente a migrantes mexicanos y, por ende, hacia los centroamericanos. Ya en la Casa Blanca, insistió en una renegociación de NAFTA para lograr un nuevo acuerdo más a su gusto, acorde a su proteccionismo mercantilista. Exigió, también con éxito, que México, bajo un presidente de izquierda, cooperara para bloquear el tránsito de migrantes centroamericanos y de otros lares rumbo a Estados Unidos. El gobierno de México se convierte en el “muro” fronterizo que Trump había prometido durante su campaña.

Donald Trump, admirador de dictadores en Rusia, Egipto y Arabia Saudita, acepta un barniz ideológico para justificar sus políticas hacia el llamado “triángulo de tiranías”, es decir, los gobiernos de Nicolás Maduro en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua y Raúl Castro y Miguel Díaz-Canel en Cuba. Trump expande las sanciones ya impuestas a Nicaragua bajo la presidencia de Obama, originalmente por abusos electorales en las elecciones municipales de 2009. Añade múltiples sanciones a las ya comenzadas bajo G. W. Bush contra el gobierno de Hugo Chávez y seguidas bajo el mandato de Obama por el comportamiento autoritario y corrupto del gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela, con Trump, entre otras medidas, autorizando la expropiación *de facto* de CITGO, subsidiaria de Petróleos de Venezuela. Trump reactiva y expande las sanciones económicas contra Cuba, que Obama redujo pero que nunca se levantaron.

Por lo general, hay pocos indicios de que Trump creía en los principios fundamentales de la defensa internacional de la democracia, e igualmente pocas señales de que poseía un real interés en este redescubrimiento de la Guerra Fría en el hemisferio. Más bien, pareció responder a las sugerencias de sus asesores en el Consejo Nacional de Seguridad y, en particular y muy prioritariamente, a sus incentivos electorales por ganar apoyo de las diásporas venezolana, cubana y nicaragüense en el Estado de la Florida, clave para su reelección. En víspera de su campaña presidencial de 2020, las medidas impuestas bajo su presidencia no habían logrado su propósito, es decir, derrumbar a estos tres regímenes políticos.

Más allá de esos tres casos de hostilidad por claro diseño, el estilo negociador de Trump con los aliados hemisféricos de Estados Unidos ha sido marcadamente contrario a la posibilidad de restaurar o fortalecer su hegemonía. Trump insiste en generar incertidumbre como instrumento de negociación, e imponer castigos para obligar “al otro” a que acepte su propuesta. No hay semblanza de un poder seductor en *America First*, no hay reconocimiento de intereses compartidos o de la utilidad de la cooperación internacional. Amenazó a México, una y otra vez, con la opción de cerrar la frontera; inclusive, una vez firmado el nuevo acuerdo NAFTA, Trump unilateralmente, y en violación de este nuevo acuerdo, amenazó con la imposición de aranceles si México no intensificaba su interposición migratoria en contra de los centroamericanos.

Las propuestas presupuestales de la Casa Blanca al Congreso han buscado recortar la ayuda económica en el hemisferio en un 37 por ciento, inclusive para Centroamérica a pesar de la persistente crisis migratoria. Por una parte, la *U.S. Drug Enforcement Administration* (DEA) señala en 2019 que la “amenaza” de la cocaína ha “resurgido” y que Colombia es la clave de su producción; pese a esto, la Casa

Blanca propuso recortar la ayuda estadounidense para Colombia en un 45 por ciento del año fiscal 2018 al 2020 (DEA, 2019: 5). Trump, personalmente, insultó al presidente de Colombia, Iván Duque, quizás el mejor aliado de Estados Unidos en Suramérica, por insuficiente colaboración contra el narcotráfico. El presidente Jair Bolsonaro, alabando a Trump, cambia la política exterior de Brasil, rompe con el gobierno de Maduro en Venezuela y expulsa a los médicos cubanos, entre otras innovaciones. A pesar de eso, Trump anunció la imposición de aranceles a productos siderúrgicos de Argentina y Brasil; aunque se redujeron posteriormente para Brasil, prevaleció una vez más una estrategia de confrontación.

Trump presume el conflicto en vez de la concertación. Al mismo tiempo que busca apoyo de estos gobiernos, la negociación incluye castigos públicos y, a veces, la evidente humillación personal de aliados. No funciona ya la hegemonía –el consentimiento del más débil– sino que opera la burda imposición coercitiva por parte del más fuerte. Trump es el primer presidente estadounidense, desde que James Polk procede a la invasión de México, a quien le interesa poco el poder seductor de Estados Unidos como coagulante de las relaciones hemisféricas. Prefiere la imposición a la cooperación. Por primera vez, desde Franklin Roosevelt, la Casa Blanca desdeña la cooperación multilateral tanto en los ámbitos mundiales como en los hemisféricos.

## Conclusión

El redescubrimiento de América Latina bajo la presidencia de Trump puede que sea simplemente una aberración, y que sus eventuales sucesores no compartirán sus obsesiones mercantilistas o xenofóbicas o su cariño por las obsesiones heredadas de la Guerra Fría. Sin embargo, la opción que había prevalecido a los inicios del siglo XXI no había sido la eficaz aplicación de una estrategia hegemónica en el hemisferio. El gobierno de Estados Unidos bajo G. W. Bush y Obama indicaba sus prioridades en política exterior: el Este de Asia, con China emergente, el Este de Europa, con Rusia revanchista, y el Oriente Medio en luchas contra terroristas de diversos matices. Las relaciones comerciales, a pesar de la firma de varios acuerdos bilaterales, también subrayaban la falta de peso en la economía estadounidense de todos los países al sur de México. La masiva deportación de migrantes latinoamericanos indocumentados durante la presidencia de Obama no fue un indicador de cariño, dispuesto como hegemón a aceptar costes migratorios en pro de un bien compartido y mejor.

La principal opción frente al redescubrimiento Trumpista es el relativo olvido, consecuencia, al inicio inadvertida, del fin de la Guerra Fría, de la pérdida del pánico y de la obsesión frente al comunismo y del rezago

relativo del crecimiento de las economías latinoamericanas frente a otras partes del mundo. Lo que queda de interés estadounidense por la región es fuente de conflicto (migración, narcotráfico) más que de cooperación. Quizás José Enrique Rodó no tendría ya que preocuparse por el reto de la *nordomanía*, que no genera Trump. Al menos por el momento, la hegemonía de Estados Unidos: R.I.P (*Rest in Peace*, en español: Descansa en Paz).

## Notas

1. Conversación personal con Robert Pastor.
2. Para una explicación de esta política imperial, no hostil a ella, Munro (1964).
3. Para una defensa académica contemporánea de la política de los Estados Unidos hacia América Latina, Bemis (1943).
4. Domínguez (1999) compara tres posibles explicaciones del comportamiento de Estados Unidos en los casos extremos y concluye que su temor a una victoria comunista excede el valor explicativo de su temor al papel de la Unión Soviética o su alarma por la expropiación de propiedades de sus empresas.

